

LA BENDICION DE UN MENDIGO

(Al señor Marqués de Santa Ana.)

“Asilo de la Noche”

“En el costeadado por el señor Santa Ana en la calle de Aceiteros, número 18 (Cuatro Caminos) han tenido abrigo, cama y sopa en la noche del 7 de diciembre, 51 hombres 24 mujeres y 6 niños.—Total 81.

(Del “Diario de Aviso” de la Correspondencia de España).

I

Mi amigo Pepe Bidasoa se un tipo curioso. Una vez, hablando del tiempo que hacía, me refirió lo siguiente:

—Por mi parte—me decía—no recuerdo un invierno más triste ni más frío que el del ochenta y nueve al noventa. ¡Qué noches las últimas de diciembre y las primeras de enero! En aquellos días (poco antes de que muriera Gayarre) me ocurrió una cosa que voy a contarte para que veas lo que es el sistema nervioso.

Figúrate que me levanto una mañana, y al separar los visillos para mirar al termómetro, me encuentro con los balcones de la casa de enfrente abiertos de par en par, y en el fondo de la alcoba.

entre seis cirios, tieso en su ataúd, el cadáver del vecino de enfrente a quien días antes había encontrado en la calle, bueno y sano.

Por no ver aquello, dejo caer los visillos. Salgo después y apenas había andado algunos pasos, cuando la media hoja cerrada de una puerta me llama la atención; poco más allá otra, y luego otras muchas. Tomo por la calle de Alcalá, y al cruzar a la otra acera, el coche de una funeraria me detiene. Voy a comprar un par de guantes en casa de Rozas y tropiezo con un letrerito que decía: CERRADO POR DEFUNCION. Subo al tranvía, y en la plataforma oigo a un viajero que decía: "Es una familia que desaparece. La madre ha muerto ayer, y hay pocas esperanzas de salvar al hijo". Apenas me siento, me llaman la atención los ojos azules de una hermosísima joven que iba delante de mí, y ella, enojada por mi indiscreta e inoportuna admiración, deja caer sobre su cara celestial el espeso velo de un manto de riguroso luto.

Por la noche, deseando distraerme, voy al Real. Quería embriagarme con las notas alegres del **Elíxir d'amroe**; pero esto de las notas alegres es muy relativo. La tarde que conocí a Rosario en el concierto, me sorprendí al salir, en pleno Prado, tarareando alegrísimamente unas cuantas frases: ¿sabes de qué? Pues de la **MARCHA FUNEBRE** de Chopín.

Aquella noche no había un solo sonido que no despertara en mí un eco lúgubre. Cuando Baldelli decía:

"Questa pure innamorata  
a bisogno del licor",

me parecía un filósofo pesimista, que miraba el amarillento cráneo bajo el sonrosado cutis de la vida, obligado a cantar aquello por sus compromisos con la empresa.

El teatro estaba desierto. Palcos, butacas, en todas partes los huecos de la muerte. Parecía que el

viento frío que nos diezma todos los inviernos se había propuesto apagar de una vez la vida de este Madrid.

Del teatro vengo al Ateneo. Teodoro tosía, y había dos o tres bedeles de baja. Ni en la biblioteca, ni en la sala de revistas, ni aquí había nadie. Sólo en la **cacharrería**, junto a la chimenea cuatro socios hablaban de la epidemia. Don Hermógenes la atribuía a una corriente de aire frío, que, partiendo del polo, había atravesado a Europa, desde Rusia a España. Don Laureano le echaba la culpa a un cometa que, pasando cerca de nuestra atmósfera, había producido, entre sus elementos componentes, no sé qué trastornos, y el darwnista, ese señor de las patillas simías, fantaseaba sobre una nueva evolución de nuestra especie, en la que entrarían los elementos más resistentes, sucumbiendo los individuos menos apropiados a las nuevas condiciones del medio.

Por no seguir oyéndolos, empujo la mampara, tomo el abrigo y la chistera y me voy a Fornos. Mientras el mozo me servía, abro un periódico. El artículo de fondo se titulaba LA CIUDAD DE LA MUERTE, después venían las cifras de invadidos y fallecidos el día anterior, luego un artículo del doctor no sé cuántos sobre la antigüedad de la gripe; la sección telegráfica llevaba por cabecera LA "INFLUENZA" EN EL EXTRANJERO; la de noticias era una necrología. Viendo que el cuerpo del periódico no se podía leer, paso la vista por los anuncios para encontrar allí tos, TOS. Y donde no había toses había cruces. Desdoble otro periódico, y la misma historia.

Te aseguro que la cosa era imponente.

Salí del café bajo las mismas penosas impresiones que me habían abrumado todo el día. La idea de la muerte me aleteaba en el cerebro como una pesadilla. Era yo en aquellos momentos un verdadero

caso de necrofobia. En cada sombra parecía dibujarse un esqueleto que, ofreciéndome el brazo, me decía galantemente:

—¿Quieres venir conmigo al cementerio?

Tenía ganas de llegar a casa y acostarme por ver si el sueño por aquello de *similia similibus curantur*, cuando de pronto, ya en la calle del Carmen, al llegar al recodo que forma la iglesia, donde está el puesto de libros viejos, un mendigo me cortó el paso pidiéndome una limosna.

El hombre era dos veces mísero; porque si la andrajosa americana, que tenía abrochada hasta el cuello, revelaba la pobreza en que estaba sumido, el hedor que despedía denunciaba a la legua su embriaguez habitual.

—¡Me estoy helando, caballero! Aunque no sean más que dos céntimos!

—Y con un par de céntimos, ¿qué abrigo vas a comprar, desventurado?

No sé á punto fijo lo que me contestó. Lo que sé es que una idea me cruzó en aquel momento por la imaginación. Recordé haber leído, no hacía mucho, que los mendigos de Londres, que pasaban a la intemperie las noches ya frías de Septiembre y Octubre se metían un unos grandes cucuruchos confeccionados con números del *Times* y de otros diarios, librándose así de los rigores del tiempo; y para poner a idéntico mal igual remedio, echè mano de los dos periódicos que llevaba en el bolsillo, hícele al hombre que se desabrochara la chaqueta y entré resueltamente en la atmósfera hedionda de alcohol que le rodeaba para envolverle el cuerpo con aquellos papeles. Debajo de la americana tenía dos pedazos de chaleco unidos por un botón y unos jirones de camisa, dejando a trechos descubiertas las carnes. Al tropezar con sus costados desnudos, sentí que se me ponía piel de gallina.

El calor suave y confortante del improvisado abri-

go maravilló al infeliz, sin duda por no habersele ocurrido jamás que pudiesen existir excelencias tales en una hoja de papel, y, lleno de gratitud, siguiéndome calle arriba, exclamaba el hombre emocionado:

—¡Que Dios le bendiga y le saque con bien de cuantos males le amenacen y le sane si enferma y le haga feliz y dichoso!

## II

A los dos días de esto empecé a sentir dolores en las articulaciones, un peso grande en el pecho, y por la noche tuve fiebre. Mi familia, asustada, mandó llamar al médico, el cual, después de visitarme, decía en el gabinete contigo, creyendo que yo no le escuchaba:

—Lo que me hace a mí temer en este muchacho es que la noticia de tanta desgracia vaya a ejercer sobre su salud un influjo moral verdaderamente temible tratándose de él.

El médico hablaba con el aplomo del que sabe lo que dice. Oyéndole, recordaba el caso del mozo aquel que durante una epidemia se murió en veinticuatro horas por haberle dicho un bromista que las sábanas de la cama en que durmió habían servido para envolver el cadáver de un colérico.

¡Pero, mira tú lo que es el sistema nervioso! Si los temores del doctor no carecían de fundamento; si por tratarse de mí hubieran podido resultar justificados en otra ocasión cualquiera, lo que es entonces eran infundados por completo. Ni los cirios del vecino, ni las puertas a medio cerrar, ni los coches de muerto, ni las estadísticas fúnebres, ni las conversaciones téticas, nada de cuanto me había impresionado dos días antes me preocupaba durante mi enfermedad, porque tenía una sugestión más fuerte que todas aquellas; la voz aguardentosa del

mendigo, saliendo de lo hondo de su pecho para repetirme, vibrando conmovida:

—¡Que Dios le bendiga y le saque con bien de cuantos males le amenacen, y le sane si enferma y le haga feliz y dichoso!

Y yo no sé por qué raro fenómeno, pensando en esto, se me metió en la cabeza que todo aquel aparato de la aterradora grippe no tenía nada qué ver conmigo.

—Mira tú, pues, por qué carambola vine yo a encontrarme con un preservativo contra la profunda sugestión de la muerte en aquellos días de duelo para Madrid, y dime si no son verdaderamente extraños estos fenómenos del sistema nervioso.

### III

Cuando llegan estos días tristes, estos días helados de diciembre y enero, me acuerdo muchas veces de mi amigo, Pepe Bidasoa y a la idea de que alguien tirita, siento el irresistible deseo de enseñarle cómo una hoja de papel puede convertirse en un excelente abrigo.

Y tú, lector, si eres tan impresionable y nervioso como Pepe Bidasoa, aprende de qué modo y manera suelen a veces encontrarse preservativos contra el daño de las propias sugestiones; porque, como decía, él, es tan raro el sistema nervioso, que es posible que también a ti, si caes enfermo, venga a animarte y sostenerte en tus dolencias la bendición de un mendigo.